

Varón Dandy

Mi padre fue a por tabaco y no volvió más. Bajó a por un paquete de Ducados y lo atropelló un coche sin seguro. Nos dejó dos cosas: un frasco de Varón Dandy en el armario del baño, que estaba por la mitad, y una casa sin pagar. O sea que todo a medias. Así que desde muy pronto tuve esa sensación de pobreza. La sensación de pobreza no viene de golpe, te va calando con los años, como el Varón Dandy. Por todo lo que te rodea, por lo que escuchas, por lo que ves cada día. Se nota, sobre todo, porque el mundo va perdiendo color a medida que creces, como si se fuera desgastando, igual que la ropa. Y sobre todo se nota en los sabores.

Cada mañana, cuando nos levantamos, nos encontramos siempre una fuente de macarrones sobre la mesa de la cocina. Puedo asegurar que son la perfecta formalización de la pobreza. Bañados por esa luz amarillenta y parpadeante, siempre pasados, siempre fríos. Con demasiado tomate. El mantel, nuestras camisetas, todo anda siempre manchado. Y es que los de la tienda de electrodomésticos se llevaron la lavadora una mañana. Deben ustedes demasiadas letras, dijo aquel hombre. Me quedé mirando cómo bajaban ese chisme por la escalera con la goma de desagüe arrastrando, saltando de peldaño en peldaño hasta que desapareció. Desde ese día el tomate frito persiste en nuestra casa por mucho que lo frotes. Nunca acaba de salir, como la pobreza. Eso lo sabe bien mi madre, que tiene las manos quemadas de frotar. Y de la lejía y todos esos productos. Siempre se queja de que en la empresa no les dan guantes. Y allí, en su trabajo, al parecer, sí deben salir bien todas las manchas.

Vemos poco a mamá. Tiene que hacer más de quince estaciones con dos transbordos a diario. Ida y vuelta. Asegura que es ya como un fantasma de vagón. Pero es que, además, tiene que coger luego un autobús. No vivimos precisamente en el centro. Nuestra calle es la última parada, allí justo donde comienza el campo. Donde la gente pasea a sus perros y vuela drones. Así que entiendo que duerma tanto en el metro y que regrese siempre agotada, cuando están ya encendidas las farolas y mis hermanos pequeños dormidos. Antes de quitarse el abrigo, entra en el dormitorio y nos besa a todos en la frente. Finjo estar durmiendo porque temo que tome mi vigilia por otra forma de fracaso. Y no es así. Antes de cerrar los ojos me gusta escucharla. Es el único rato que paso a solas con ella realmente. Es una relación auditiva, puede decirse. Suenan cacharros en la cocina, oigo después el grifo de la bañera, donde siempre está la tabla de

lavar de madera, y también un llanto silencioso que alcanzo a distinguir a pesar de que intenta camuflarlo en el chirrido que hacen las cuerdas de la ropa. Cuando pasa eso, abro el frasco. El olor a Varón Dandy me consuela. Es como si papá volviera un instante. Y me tapo hasta la cabeza con la manta, que es áspera y con un borde de plástico que pincha, hasta quedarme dormida.

Cada mañana, me despierta ese silencio que queda después de cerrar la puerta principal de una casa cuando alguien se marcha. Mi madre madruga tanto que cuando eso ocurre aún no ha amanecido. En el baño, la ropa está tendida sobre la bañera. Miro las manchas de tomate que ayer ganaron de nuevo a las manos de mamá. Sé que nunca acabarán de salir, como nuestra miseria. Pero me tranquiliza momentos después encender la luz de la cocina y encontrar la fuente de macarrones sobre la mesa. Bañada en esa luz amarillenta y parpadeante. Es hora de despertar a mis hermanos y salir para el colegio. Todos los días, mientras los visto, me preguntan por papá y mamá. Y yo les cuento siempre lo mismo: que papá bajó a por tabaco y quedó atrapado en un frasco de colonia, y que mamá sale temprano porque viaja en vagones de tren a lugares lejanos. Y se conforman con eso. Lo mismo que yo me conformo con esa paternidad aromática, con el sabor de los macarrones y con nuestra calle, que da al campo, donde pasean perros y vuelan drones.

Este año, a pesar de todo, hemos puesto un árbol de Navidad, un regalo de una vecina que se mudó al extranjero hace años. Lleva luces que parpadean y aún le quedan algunas bolas que nos reflejan deformados cuando las miramos de cerca. Quizás seamos eso: una familia deformada. Los pequeños dicen que Los Reyes Magos este año llegarán con mascarilla y dejarán allí sus regalos. Y yo sé bien que esta vez sí lo harán.

Porque la mañana que encontré aquel sobre supe que se avecinaban cosas buenas. El buzón era, hasta ese día, el cauce por el que nos llegaba toda aquella desesperanza en forma de membretes oficiales. Pero esta vez no era la habitual carta del banco que anuncia descubiertos o embargos. Tampoco el temido sobre amarillo y azul con el ultimátum de la compañía de luz. Era un sobre blanco. El más blanco que he visto en mi vida.

Solo contenía un décimo de lotería. El primer premio.

Nunca sabremos quién pudo ser. Sin pensarlo, nos fuimos al centro a ver las luces navideñas. Por fin nuestra vida parecía tomar color. Recorrimos mercados, compramos la cena de Navidad y comimos castañas asadas que ardían en la palma de la mano. Miré a mis hermanos. Miré a mamá. A veces la felicidad consiste en observar con detenimiento la felicidad de la gente que quieres.

Ese día no hubo macarrones. Cantamos villancicos y cenamos perdices, como no podía ser de otra manera. Antes de dormirme, volví a oler aquel sobre blanco. Era Varón Dandy.

Toledo, diciembre de 2020